

Beltrán S., Luis Ramiro (1949) **La Mamita de diciembre**. En: "Suplemento Literario" de *La Razón*, La Paz, Bolivia, 18 de diciembre.

La Mamita de Diciembre

BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSIDAD CATÓLICA BOLIVIANA SAN PABLO

Hace siete días que madruga la anciana. Cobijando el frío matinal en las arrugas y el fervor en los pliegues de negro "mantón", allá va la buena señora, rumbo a la capilla del Montículo. Lento es el paso como es lenta la plegaria que va musitando en el camino por las calles de Sopocachi. Tampoco es acelerado el vaivén del escapulario y, en la clásica bolsa de libros de la beata, los tomos de mil oraciones esperan el turno de aspirar incienso.

Es la festividad de la Virgen del Montículo.

La fiesta de Sopocachi.

Gruesos calzados de chirriantes clavos crujen también sobre las baldosas y el pavimento. El obrero no está a mucha distancia de la anciana que reza - siempre - en voz alta. Con un pan en el bolsillo y un diario en el otro, el trabajador se encamina también hacia el templo pequeño de belleza grande.

Allá se acerca un grupo de niñas, con mantilla blanca y caras morenas. Contritas, como rodeadas de eclesiástica solemnidad, van camino de la iglesia. ¿Y esos jovencitos, de narices coloradas y ojos inquietos? Pueda que el Señor Cura no lo quiera creer. Pero, en el fondo, Señor Cura, ¿no ha notado usted que, a veces, suele resultar más amable cumplir los mandamientos de la iglesia con una muchacha al lado? Habrá que ser sinceros. Imparcialmente, Señor Cura; no le parece un poquito sugestivo ese repentino incremento de la devoción en aquellos jovencitos?

A la misa de siete llega el oficinista. Traje gris, carpeta bajo el brazo y un bostezo que queda en proyecto cuando intervienen las buenas maneras.

Respetables matronas van llegando, acompañadas de criaturas que no pueden ocultarlo - preferirían desayunar primero y rezar luego.

Tampoco está ausente el indígena. El sombrero de lana de oveja en el mosaico del templo. El "lluchu" en una mano y en la otra una "vela de a un peso". Se postra ante la Virgen del Montículo, en un rezo llorado y un llanto rezado.

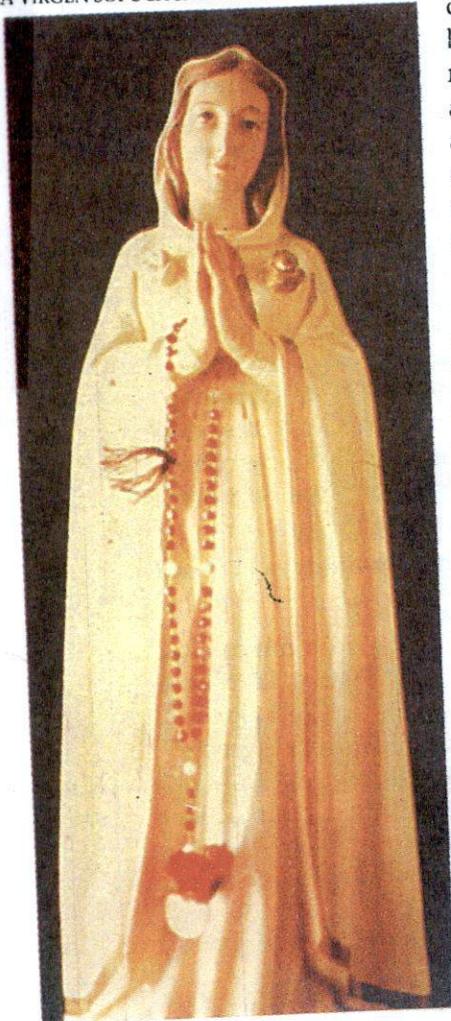
Y, finalmente - no podía faltar - ahí está la muchacha casadera. Veinte abriles que esperan un altar, un largo vestido blanco y un anillo. ¿Quién podría afirmar que la milagrosa Virgencita de Sopocachi no interpondrá sus oficios ante el buen San Antonio? Diciembre es el mes de las novias y los matrimonios.

"Virgencita del Montículo
Sol que me ilumina,
Muralla que me sostiene,
Pan que me alimenta,
Amor que me abrasa,
Ruega por nosotros..."

Lentas, profundas, las palabras del Padre Tapia van dominando la capilla. Son las últimas oraciones. El sacerdote va a impartir la bendición. En el coro, dulces voces de niñas, con tules rosados, entonan

"Oh María, Madre mía,
Oh Consuelo del mortal,
Ampárame y guíadme
a la Patria Celestial..."

LA VIRGEN SOPOCACHEÑA Robert Brockmann





ARCO DEL PARQUE DEL MONTICULO Jorge Ruíz



FUENTE DEL PARQUE DEL MONTICULO Robert Brockmann

En tanto, el niño campanero agita las cuerdas en alegre ritmo, llamando a la próxima misa. Y, en la puerta del templo, las "veleras" se aprestan a vender los últimos cirios; los pequeños se disponen a salir, disparados, hacia el parque y los perros baten la cola, esperando su ración de mendrugos.

Ha concluido la misa. La grey católica sale hacia el parque. El pequeño reloj contempla, desde su torre, la avalancha sobre los puestos de venta de "api" y de "llauchas". En el hornillo portátil se sonrojan las empanadas y burbujan los pasteles de hoja delicada. El cántaro de hirviente "api" se ha de vaciar muy pronto. La cholita apenas si alcanza a lavar vasos, contar dinero y ahuyentar a los perros. La gente toma este desayuno de diciembre, casi como un rito perteneciente a la liturgia autóctona de la festividad misma. Calor y color. Satisfacción y alegría en la plazoleta del Montículo.

Así transcurren seis días. Y al último llega la fiesta misma. Tres misas se celebran. La primera a la hora que el sol saluda a los canillitas y a las aves, es la misa de los obreros. La segunda es a las ocho y comulgan en ella decenas de niños. A las diez, el oficio es para las mujeres. Y los varones asisten a la misa de once.

Al medio día es el acto central del programa: la procesión de la sagrada imagen de la Virgen del Montículo de Sopocachi. La iglesia está adornada con flores, que apenas si dejan ver inscripciones y cuadros. Hay profusión de luces y derroche de prolijidad en el arreglo.



IGLESIA DEL MONTICULO Robert Brockmann

LLAMAS QUE PORTAN PLEGARIAS Jorge Ruiz



BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSIDAD CATÓLICA BOLIVIANA SAN PABLO

Sale de la capilla la Virgencita, en andas. Veinte hombros luchan por el honor de llevar encima la imagen.

Hombres y mujeres. Grandes y chicos. Al final, precedida de monaguillos y sacristanes, la Virgencita va en procesión por la plazoleta central del Montículo. La acompañan plegarias en voz alta y letanías. Cohetillos, incienso, lamentos y loas. Después de unos minutos la imagen es devuelta a su altar y se escuchan entonces las últimas oraciones. Es el cénit de la fiesta.

Está perdiéndose el incienso entre los árboles y se va de viaje al Parque Forestal. Ahora viene la fiesta del pueblo en la calle. Gimen, explotan y ahuyentan los fuegos de artificio, lanzando efímeros mensajes al cielo. Los niños tienen las bocas abiertas y los ojos vagando en una nube, como queriendo seguir las flechas de fuego, de diversos colores, que desaparecen tan pronto.

En la tarde, el Parque Infantil está hacinado. Todos compran maní y turrónes: "ckisa" de higo, arvejas y "pasanckalla". Casi es imposible caminar en esta masa humana. Y cuando se puede, no se sabe, en concreto, dónde se desea ir. Las chicas bonitas del barrio lucen sus mejores galas. Y, las que no lo son pretenden nosaberlo y también van a lucirse. Los adolescentes llevan el cigarrillo, en el paseo, con más prestancia que nunca y las bandas de música atronan el espacio, en tanto que los "hualaychos" persiguen a los perros y viceversa.

Los mayores consumen, con ejemplar asiduidad, humeantes ponches o desperdician unos cuantos billetes jugando a los dados, las argollitas, las "suertes" y otra serie de juegos de azar en los que el empresario siempre está a salvo del mismo.

Ya la noche ha desplazado al sol que ilumina y no calienta. En medio de la multitud se oye el tun-tun intermitente, melancólico y eufórico al mismo tiempo, de las "cajas" y el ululante ritmo de las zampoñas. Entran los bailarines nativos y la danza se acelera cada vez más. En torno a ellos, infatigables grupos de "llockallas", tomados de las manos, se deleitan en hacer monerías. Sensiblemente las bebidas alcohólicas son las primeras concurrentes a la fiesta.

Las once de la noche del 8 de diciembre. Otra vez el Montículo está vacío. Se acabaron la mirra y el ponche. Se acabaron el salmo y la danza. Ha terminado la gran fiesta tradicional del barrio.

A lo lejos - sabe Dios en qué calle - una quena se queja y un bombo sacude el último adiós hasta el 8 de diciembre del próximo año.